

por corto tiempo, á uno de los vicios populares más degradantes, se cree alcanzar mucho en la mejora social de ese pueblo con las corridas de toros? La observación demuestra lo contrario. ¿Acaso otras diversiones más nobles y honestas, como el teatro, por ejemplo, no alcanzarían resultados más provechosos? Honda pena causaría en mi ánimo una respuesta negativa, pues ella vendría á demostrarme la falta absoluta de cultura del pueblo.

Dénsele, con ofensa de la civilización, para que vocifere y se enloquezca, las corridas de toros, pero no como escuela de sobriedad y patriotismo. Estas cualidades sólo se adquieren en planteles especiales y con el buen ejemplo. Edúquesele convenientemente é instrúyasele en todo aquello que deba saber, pero tanto en la parte educativa como en la instructiva, han de estar infiltrados los grandes principios de la moral, freno de oro de las pasiones humanas, sin los cuales sólo se conseguiría que el hombre, en el caso de que se trata, en lugar de tomar el blanco "neutli" en escudilla de barro, lo apure en copa de cristal y que veamos en las calles, en vez de un borracho de frazada, á un ebrio de levita. Lo que comunmente se observa.

¿Ni cómo puede ser escuela de buenas costumbres, una diversión en la que hasta la gente decente pierde el decoro que exige su educación, y se cree autorizada para vociferar profiriendo palabras inconvenientes y nivelándose con la hez del pueblo? Ya que tal espectáculo está á la orden del día, procure aquélla ser tan correcta como en sus otras reuniones, ó por lo menos, no rebaje su dignidad al dar rienda suelta á su expansión.

Si el argumento referente á la tregua que se da al vicio de la embriaguez es falso, igualmente trivial y engañoso es el relativo al esforzado valor que se dice adquiere el espectador en presencia de las sangrientas escenas de la lidia. El luchador, sí posee un valor temerario al ponerse frente á frente de la fiera embravecida, á pesar de las ventajas que sobre ella tiene; pero el espectador no aumentá su ardimiento, lo que adquiere es la fiereza de ánimo. Por eso grita desaforadamente el pueblo y se enloquece á cada tremendo episodio de la lucha, para ahogar, en su nacimiento, los nobles impulsos del corazón que tienen que

iniciarse en todo ser humano, y para acallar los justos clamores de la conciencia. ¡Voces desentonadas y estrepitosas que contestan á los salvajes y terribles bramidos del toro que piden venganza!

Los espectadores en las plazas de toros me producen el mismo efecto que los padrinos en los duelos.

La patria tiene necesidad del valor de sus hijos, pero no de ese valor brutal, sino el que infunde la dignidad, bellissimo don que sólo se adquiere por medio de las virtudes cívicas.

Los romanos eran en extremo valientes y estaban habituados á la guerra; mas al perder las virtudes que en un tiempo fueron el sello de su carácter, esterilizaron aquellas grandes facultades. Por cientos de miles acudían á los grandes circos para presenciar los tremendos combates de las fieras y las inhumanas luchas de los gladiadores, sangrientas escenas todas á que el pueblo romano habíase conaturalizado desde que dió principio su nacionalidad. Habitado estaba su oído á los espantosos rugidos de las fieras, su vista á las repugnantes luchas en que se despedazaban los hombres con aquellas, y sus corazones insensibles, á no dar cabida á la compasión. Tal era de esforzado aquel pueblo; mas á pesar de sus tradiciones guerreras y de su enérgico talante, bastó que Odoacro, Jefe de los hérulos, sonase desde Rávena las manos, para que viniese á tierra el poderoso Imperio de Occidente. ¿Y sabéis por qué? Porque el valor digno y el patriotismo estaban refrenados por la corrupción, el perjurio, el latrocinio y tantos vicios como tenían enervada á la sociedad.

Cuidemos de que la nuestra no llegue, por el desprecio de los principios morales, á esa extrema degeneración.

Hase dicho en favor de las corridas de toros, parodiando la primera proposición de la famosa ley de la gravitación, que "la virilidad de un pueblo está en razón directa de sus espectáculos," falsa proposición, porque en el presente caso, la segunda, que se ha omitido, destruye por completo á la primera enunciada. Esa segunda proposición es: "y en razón inversa del cuadro de la inmoralidad," la que tiene su comprobación en los mismos hechos declarados, que fueron la causa de la destruc-

ción del poderoso imperio, minado en sus cimientos por la moral cristiana y herido de muerte por los pueblos germanos, viriles y vigorosos, sin estar habituados á los sangrientos espectáculos de los Calígulas, Nerones y Domicianos.

#### UN DIALOGO INTERESANTE.

Como ligera introducción á esta segunda parte del escrito concerniente á las Corridas de toros, conviene referir la siguiente verídica historia. Dos sabios muy dados á investigar vidas ajenas, sacáronle á Júpiter, como vulgarmente se dice, sus trapillos al sol. Pusieron en claro dichos sabios las trazas que se daba aquel dios para el logro de sus perversos fines, como eran los de transformarse en cuclillo, en lluvia de oro, en sátiro, en hormiga, en fuego y en toro á fin de seducir á diosas y ninfas de lo mejorcillo que había en el Olimpo y fuera de él. ¡Vaya si el tal Jove ha sido un pillastre de cuenta! Averiguaron los sabios que Proserpina era media hermana del Caballo, y, desenmarañando las madejas de los empíricos enredos, que el caballo y el toro eran parientes, circunstancia por la cual el primero de estos animales destripa, con frecuencia, al segundo. Calificado el hecho de los dos sabios, como un crimen de lesa majestad, el poderoso Jove los castigó, convirtiendo á uno en toro y á otro en caballo, con la condición de que conservarían en el campo la razón y el habla, aunque algo perturbadas, pero enteramente privados de ambas facultades en las plazas de toros, en lo que obró el dios con buen seso, pues de lo contrario, era evidente que ningún diestro pudiera quedar para contar su historia.

\* \* \*

Hallábanse en el cercado de una hacienda aquellos dos pobres animales, el toro con no pocas heridas ya cicatrizadas, y el caballo con la piel del vientre remendada. Animado é interesante era el diálogo por ellos sostenido, en el que campeaban algunas ideas filosóficas, deliberadamente concebidas.

Te daré á conocer, caro lector, esa conversacion que te parecerá incoherente porque á

tí llega por medio de un tercer individuo que han dado en llamar *reporter*, cuando el título que en castellano le conviene es el de chismoso.



Oye, pues, las quejas y consideraciones del toro y del caballo, dignas de tenerse en cuenta.

Dice el toro: al luchar contra mí el hombre pone en juego cuantos ardidés le sugiere su grande inteligencia, en tanto que yo lucho, guiado solamente por el instinto que estimula mis arremetidas para atender á mi conservación y propia defensa; él tiene escuela como la de Ronda que pone en acción la inteligencia para vencer, y la sevillana que se vale de la astucia para burlar, escuelas en que aprende los artificios para encolerizarme, herirme y matarme, conforme á reglas establecidas por los célebres diestros Pepe Hillo y el Chiclanero Montes, y yo no tengo más escuela que la de los campos en los que soy tan útil á ese mismo hombre que me ofende; él para la lid adapta cada suerte á los impulsos de mi instinto que le son muy conocidos, y yo me presento ignorando sus ardidés, los que no me deja conocer, pues cuando bien librado salgo y perdonado por mis hazañas, se me retira del coso, al cual no vuelvo por que experimentado ya, me convierto *en pegajoso, sigo el bulto y no acudo á los engaños*, á los que mi bravura y ceguedad me precipitaron la primera vez, bravura y ceguedad que constituyen la base del toreo.

El cerca la arena con vallas y contravallas y burladeros, para ponerse á salvo en los momentos en que le doy alcance, y yo no tengo donde guarecerme; él me ataca de montón y con diversas armas me hiere, y yo estoy sólo y sin más armas que las dadas por la naturaleza; á él acuden todos sus cómplices, dándome golpes, echando á mis ojos sus capas y pegándose á mi cola para impedir mis movimientos y que acabe con el que tantos daños me ha causado, y á mí nadie me favorece ni

me ampara: él viste de seda, porque hay quien diga que mis cuernos resbalan en ésta, y exalta su ánimo con la idea de brindar á la dama de sus pensamientos alguna suerte, y con apurar cualquier excitante licor, en tanto que yo sufro la aserrada de mis cuernos, y algunas veces en la hacienda, el fuerte golpe de un madero que me descoyunta, y así lastimado se me conduce al circo, desfallecido por el hambre y por la sed, y por último, él á cada toque del funesto cornetín, es reemplazado por otros para la ejecución de distintas suertes, viniendo de refresco, y yo he de luchar con todos, ya herido, sin que se me dé tregua ni descanso, para llegar al fin á terminar mi vida por la espada traidora que se me oculta con la muleta, y á los certeros golpes del puñal del puntillero.

Epílogo y moraleja del sangriento drama es el acto en que el tiro de mulas enjaezadas me llevan arrastrando por la arena, á mí que, erguido y fuerte en el campo, he ayudado al hombre á proporcionarse el sustento.

—Y yo, dice el caballo, víctima todavía más inocente, sólo me quejo de la ingratitud del hombre que, por una hipócrita conmiseración, me condena á morir de una manera desastrosa, cubriéndome los ojos para que no vea venir la muerte y de ella me defienda.

—¿Por qué, pregunta el toro, será tan cruel el hombre?

—Porque, responde el caballo, aún conserva restos de la barbarie primitiva.

—¿Cómo lo sabes?

—Por tradiciones de familia y por la historia, que algo me han enseñado.

—¿Luego, sabio eres?

—Si poseer algunas nociones sobre la naturaleza humana constituye sabiduría, docto soy y, tal vez, á esta circunstancia deba mi colocación en el cielo como asterismo.

—También yo he sido en él colocado y si honra me dieron en los espacios celestes, en la tierra he sido adorado, como encarnación de Osiris y Apis me llamaron, dándome maravilloso sepulcro, digno de la suprema majestad.

—Si en Memphis no figuré á tu lado, túvome en mucha estima el pueblo griego, artista por excelencia, y hay quien asegure que soy de altísimo linaje, pues que debo mi ser al gran Neptuno y á la hermosa Ceres.

—Pues no estás tan orgulloso con tales progenitores, pues la fe de su casamiento no consta en el registro civil.

—No ataques la honra de mis padres y trátalos con respeto, que él ha sido el omnipotente dios de las aguas y ella la seductora diosa de la agricultura, y la buena posición en el mundo todo lo borra y como dijo el otro, debéis saber, los súbditos del gran monarca que ocupa el trono del Ponto Euxino, que nacisteis para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos de soberanos enredos.

—¿Qué cervillón eres! con razón te ensillan. Yo sí puedo estar orgulloso de que los famosos griegos, Apolonio y Taurisco, esculpiesen mi imagen, la que, con el nombre de Toro Farnesio, admira el mundo.

—Y la mía ha sido elevada sobre majestuosos arcos de triunfo, como el de Septimio Severo y el del Carrousel y, en tiempos menos remotos dióme el Gran Cervantes fama imperecedera, poniéndome al servicio del ilustre manchego.

—¿Cuántas consideraciones, caballo amigo, nos guardaban los antiguos, y cuánto nos desprecian los modernos! ¡O tempora o mores!

—Tú también sabes latin, ahora que no se estudia, ¿cómo lo sabes?

—Por tradiciones de familia y por la historia.

—Sigamos refiriendo lo que á nuestra existencia conviene, y dejémonos de inútiles lamentaciones.

—Si Júpiter, prosigue el toro, no se hubiera trasmutado en mi individuo, el rapto de la bella Europa no se habría efectuado, y el poderoso seductor no gozara de su triunfo en Creta.

—Por mí, continuó el caballo, y mis compañeros que teníamos los cascos de bronce, y las crines de oro, fué conducido el carro de Neptuno sobre las ondas del mar; también halléme unido al de la refulgente aurora, y el mismo poderoso Neptuno tomó la forma de uno de mi raza para engañar á Ceres que por huir de él había convertido en yegua. Yo serví á Marte y á Perseo y á heroes de la guerra de Troya, como Hector, Eneas y Aquiles, por mí fué tomada, después de esa lucha de diez años la famosa Ilión, capital de la Troadía, fundada por Apolo y Neptuno, y Calígula que me llamaba Incitatus, me construyó un palacio, púso-

me pesebre de marfil, me sentó á su mesa, me rodeó de sacerdotes y pretendió elevarme á la dignidad de Cónsul.

—Tal era ese Calígula de bruto.

—El bruto lo serás tú y toda tu casta, y dime ¿de qué te envaneces? ¿de haber tenido por ascendiente al buey Apis? Si éste no tuvo hijos, y aunque los hubiera tenido por la gracia de algún encantador, tú no posees sus cualidades, pues él ostentaba, sobre el costado derecho, en su hermosa piel, negra como el azabache, la blanca y nítida señal de su nobleza en forma de media luna. Así es que tu tonta vanidad se parece á la de muchos hombres que si tienen buena ascendencia, traída á veces de los cabellos, son de baja estofa por sus acciones. Yo sí puedo envanecerme y para ello me sobra la razón, pues con el nombre de Unicornio he sido y soy el emblema de la fuerza de una poderosa nación, la que con la protuberancia que de mi frente sobresale cuatro palmos, arremete, con justicia ó sin ella, á todo el mundo; en tanto que tú, á pesar de ser un toro pinto, hijo de la vaca mocha y, además tu conducta no es muy honrosa y digna que digamos, cuando los hombres te consideran como el emblema del marital consentimiento.

—No me insultes, ó te arremeto como en el redondel.

—Aquí no temo tus iras porque no hay picador que á tí me entregue indefenso; pero á qué vienen tantos enojos cuando conversamos como dos buenos amigos. Lo que te dije no fué insulto, sino una verdad palmaria y tú mismo das la prueba de tu acción rústica y grosera en el coso, pues no sabes distinguir á tu ofensor, del caballo infeliz, al que sin causarte daño alguno das la muerte.

—Al fin resuellas por la herida.

—Tal boquete me abriste.

—Qué bien arguyes, ¿estudiaste por ventura en alguna Universidad?

—Quizá me haces esa pregunta porque algunos de mis congéneres se han graduado de doctores, mas por lo que á mí toca, te digo que debo mi saber á la experiencia, pues caballo viejo soy.

—¿Tú, viejo?

—Viejo y reviejo, mírame la boca.

—Efectivamente anciano eres.

—Por viejo y por inútil me llevan á la lucha y el que me guía me entrega para que saques en mí tus furores.

—¿Tan fiero así es el hombre?

—Y más que tú. Si lo vieras en lucha con otro de su especie, te horrorizarían los contundentes golpes que se dan, en presencia de muchos individuos que ansiosos miran la lid brutal, esperando cada cual ganar la cantidad apostada, en pro de uno ú otro lidiador; si uno cae desfallecido, casi exánime, pronto acuden á su socorro los de su partido para reanimarlo con fricciones y bebidas estimulantes y ponerlo en aptitud de renovar la lucha interrumpida, la que continúa á más no poder, y si al fin, uno de aquellos cae moribundo se declara el inicuo triunfo del vencedor, quien no obstante su victoria, queda en tan lastimoso estado, que su cuerpo aparece como el tallo de una planta tuberculosa y su cara convertida en voluminosa é informe remolacha.

—Me dejas asombrado, pues tal acto, á sangre fría, no se observa entre las fieras.

—Mayor será tu asombro cuando sepas que el caso individual se hace extensivo á los pueblos que, sin piedad, se despedazan, y en los que no impera la justicia, sino la fuerza bruta.

—Ya veo que la ilustración de que tanto alarde hacen los hombres, es puramente relativa.

—Así es, en efecto.

—¿Por qué la mujer, observa el toro, ese hermoso ser, tierno y sensible, dotado por la naturaleza de tan delicado corazón, autoriza con su presencia espectáculos como las corridas de toros?

—Porque cuando la mujer se desprende de sus naturales sentimientos es peor que el hombre.

—Hanme dicho, y así debo creerlo, que á veces las cruentas escenas de la lidia, causan desmayos á ese ser, el más bello de la creación.

—Sólo un bobalicón, como tú puede estar dispuesto á dar su asentimiento á tal patraña, y es que no conoces los artificios ó más bien dicho, artimañas de la mujer.

—¿Tan ingeniosa y astuta es?

—Tan ingeniosa y astuta, cuando le conviene, y tan precavida que á la plaza lleva pomitos de cristal con sales y volátiles aceites, para acudir á tiempo á sus desmayos volunta-

rios, cuando no lanza entusiasmada su pañuelo ó su abanico al diestro afortunado. En tales momentos el angelical espíritu de la mujer es arrastrado por las aromáticas emanaciones de aquellos pomos, para perderse en los espacios, huyendo del redondel, al que sólo la vanidad pudo llevarlo.

—Cómo, si son cristianas, pueden mezclar actos de naturaleza tan contraria, asistiendo al incruento sacrificio religioso por la mañana, y á la sangrienta lucha de hombres y animales, por la tarde?

—Porque, en asuntos religiosos, algunas hay que entre la realidad y la apariencia, no admiten distinción.

—Y sabes, caballo amigo, la argucia de que se sirven los taurómacos para convertirse en benigno y humanitario, según dicen, el sangriento ejercicio del toreo? pues estriba, ni más ni menos, en el arte, según el cual los buenos diestros ejecutan las diferentes suertes de la lidia. ¿Qué gano con que unos me pinchen en la cruz ó cerca de ella? á lo que llaman castigo, como si yo hubiera cometido algún delito? que otros me claven banderillas caídas ó abiertas, orejeras ó pescueceras, si todas ellas me hieren y al arrancármelas me rasgan la piel con los arpones? y, por último, que uno llamándome con engaño, me hunda por la cruz una espada de acero bien templado? Todas estas suertes serán dignas de aplauso para los diestros que las ejecutan, mas para mí constituyen un continuo martirio. Y tú también, pobre animal, ¿qué ventaja obtienes con que en tí se monte un portentoso picador? Que se te prolongue algun tiempo más tu mísera existencia, pues al fin vienes á caer en mis agudos cuernos. Cuando yo, al igual de mis perseguidores, acudo al arte que el instinto me sugiere para mi defensa, dicen que desparramo la vista, que no acudo al engaño, que busco el bulto como si ellos no diesen sobre el mío, que corto el terreno, que no quiero salir del lugar de mi querencia, y quién sabe cuántas cosas más, pero lo cierto es que todos y por todo me castigan. Cuando se declara que soy mañoso y, por tanto, no de lidia, se me vuelve al corral, en medio de una rechiffa general. Esto quiere decir que si no me presto á que mi martirio y muerte sirvan de diversión, se me tiene por un ser indigno.

—Esto quiere decir, amigo tauro, que para toda buena corrida el animal ha de ser, no solamente bruto, sino sobrebruto.

—Sírvele decirme, mi noble compañero de infortunio, así como hay toros sobrebrutos no existen también animales sobre caballos?

—Por tales tengo á muchos de los que me montan.

—No digas eso, que sobre tus lomos han cabalgado hombres ilustres.

—Pero no todos han sido Césares, Alejandro ni Napoleones y al contrario, no pocos tontos de capirote, razón por la cual con ellos, á veces me desboco.

—¿Por qué, mi pariente tauro, siendo tan impetuoso permites que abusen tanto de tí?

—Porque á pesar de mi bravura y fortaleza, no puedo sobreponerme al poder del hombre, y yo, á mi vez te pregunto, mi primo hermano, ¿por qué permites que te ensillen?

—Por la misma razón que tú me has dado y ¿cómo no han de hacer los hombres con nosotros en la plaza, lo que practican entre sí, en el gran mundo? Aunque de una manera distinta ponen en obra las suertes del toreo. Se dan puyasos y en sus asuntos saltan por las picas de Flandes; hincan las uñas en bienes ajenos sin cuidarse de que sea en la cruz ó lejos de ella: se clavan buenas banderillas al cuarteo, al quiebro y de sobaquillo: se engañan con navarras y verónicas; se arrebatan las novias y no novias, suerte de antaño conocida, y á cuya acción han empeñándose los modernos en dar el nombre de "raptar," y, por último, se descabellan y se matan á revuelo de muleta ó de frazada, á mete y saca y á volapie, al descubrir ó apuntando y con desplantes, paradas y respuestas, todo esto sin perjuicio de otros actos como el de ensillarse y parar los pies.

—A comprender no alcanza mi escasa inteligencia lo último que me has dicho, ó es tu proposición filosofía alemana?

—Escucha atentamente lo que voy á explicarte á pesar de mi trastornado cerebro, consecuencia del castigo que Júpiter nos impuso á tí y á mí por entrometidos. Unos hombres "ensillan" á otros cuando los primeros abusan de la bondad y el carácter de los segundos, ó los engañan, acto muy semejante al de las banderillas. Parar los pies á otro equi-

vale á detenerlo en su carrera, ó cortar los vuelos al genio, suerte que estriba en la crítica injusta, á la que apelan los malos diestros.

—Ahora comprendo tu teoría inteligente amigo y me explico por qué me atormentan los hombres, cuando entre sí son tan despiadados.

—Cuánto más nos valiera que el gran Jove hubiera invertido las condiciones del castigo que nos impuso, pues yo hubiera preferido ser en el campo idiota y mudo, y conservar en la plaza la razón y la soltura de lengua.

—¿Y qué hubieras logrado con eso, torito abanto?

—¿Cómo qué, rocín viejo, imitar los engaños de los diestros y cogerlos, como ellos hacen, al quiebro.

—Si para este fin te sobraba la razón ¿para qué querías el habla?

—¿Cómo para qué! hijo de Ceres, para contestar á los de Sol y Sombra sus improprios y desvergüenzas.

—Vuelve á ser nuestra conversación enojosa?

—¿Por qué me dijiste torito abanto?

—Y tú, ¿por qué me llamaste, primero, rocín viejo, y luego, con muy torcida intención me mentaste á mi madre?

—¿Es posible que no ha de haber paz entre nosotros?

—Investiguemos los medios de adquirirla y para ello, ya que Jove nos concedió la razón, razonemos.

—Razonemos.

—Desde luego advierto, mi bravo amigo, que existe un poderoso obstáculo que se opone á nuestro tratado de paz y de amistad firme y duradera, consistiendo aquél en nuestro

común origen, pues no debes olvidar que fuimos hombres y que si bien, grande fué la instrucción que recibimos, faltonos la educación, la que, según algunos dicen, se mama, pero yo asiento que desterrada de la Tierra, no hay donde adquirirla.

—¿Luego no puede haber entre nosotros una paz firme y duradera?

—Como no la hay entre las naciones, que al negociar sus tratados se quieren mucho, mas á poco, se rompen la crisma, por quitame allá esas pajas ó, por lo menos, viven en perpetuo desasosiego.

—¿Ya terminaste?

—Todavía tengo algo que decirte. No faltan algunos de tu raza en el gran mundo que esquivan con arte y disimulo las suertes del toreo y siguen el bulto que ofrece relumbros, mas cuando algunos diestros les arrojan á la encornada testa sus capitas blancas ó amarillas, que son colores que más brillan en en la Tierra, se hacen los suecos, empinan el lomo, dan la vuelta y á brinquetes se dirigen al chiquero donde están muy bien hallados.

—¿Eso no hace un toro de Atenco como yo! antes despacharé mil veces por los aires á los diestros que quieran escarnecerme.

—Bien dicho, ¡viva tu dignidad! y dáme la mano, que estrechara contento con la mía, si no fueran pezuñas las de entre ambos. Tal admiración me causa tu conducta, que hasta en verso me haces hablar. Basta ya de charla y separémonos. Quédate en tu cercado adquiriendo mayor bravura y pujanza, y yo me voy al monte, á reunirme con mis compañeros rocinantes, y sólo te ruego que, si alguna vez, nos volvemos á encontrar en el redondel de una plaza, no seas tan bruto conmigo.

